

Borges y Martínez Estrada: diferencias y semejanzas

Por *Liliana* WEINBERG*

LA APARICIÓN DEL *BORGES* de Adolfo Bioy Casares ha tenido una gran repercusión en México, donde es muy amplio el número de borgeanos, y es así que se hizo posible organizar un ciclo completo de conferencias dedicado a ese libro y a los personajes que desfilan en él.¹ Uno de los escritores más fuertemente sometidos a crítica y maltratados entre los muchos que allí aparecen es Ezequiel Martínez Estrada, quien como se sabe mantuvo a lo largo de su vida una muy tensa relación con Jorge Luis Borges, al punto que en muchos sentidos se nos aparecen como cara y cruz de la misma moneda. Es recordado el comentario irónico de Borges respecto de que, después de publicada la antología de la poesía moderna argentina donde la obra de Martínez Estrada ocupaba un lugar central, éste, en vez de agradecerle, le retiró el saludo, porque consideraba que al afirmar su valor como poeta Borges le escatimaba el debido reconocimiento como ensayista.²

A despecho de las profundas diferencias entre estos dos gigantes de la literatura, estos dos grandes solitarios, quiero aquí plantear como hipótesis para invitar a la reflexión que uno de los rasgos que permiten acercarlos es su vínculo con la edad de oro del libro argentino. En efecto: el mundo del libro y las revistas, el mundo de las editoriales, las librerías y las bibliotecas, así como las correspondientes prácticas de sociabilidad artística e intelectual a él ligadas son los grandes protagonistas de la vida cultural argentina en el segundo tercio del siglo xx. Y éste no es un dato menor, sino particularmente significativo para la comprensión de la obra de ambos autores.

Otro tanto sucede con distintas figuras y grupos enlazados por ese amplio entramado de alta densidad cultural poblado por librerías, editoriales, cafés, charlas y prácticas de sociabilidad literaria que las unen

* Investigadora del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <weinberg@servidor.unam.mx>.

¹ Se trata del ciclo "Los otros días" que tuvo lugar en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, Ciudad de México, en el transcurso del año 2007, con motivo de la aparición de la obra de Adolfo Bioy Casares, *Borges*, Barcelona, Destino, 2006, que consta de 1994 páginas.

² Se trata de la *Antología poética argentina* preparada por Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, Buenos Aires, Sudamericana, 1941.

tanto como las separan, y que contienen claves de comprensión de las obras que sólo en nuestros días comienzan a descubrirse.

Leamos, por ejemplo, el comienzo de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, publicado en 1942:

Debo a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar. El espejo inquietaba el fondo de un corredor en una quinta de la calle Gaona, en Ramos Mejía; la enciclopedia falazmente se llama *The Anglo-American Cyclopaedia* (New York, 1917) y es una reimpresión literal, pero también morosa, de la *Encyclopaedia Britannica* de 1902. El hecho se produjo hará unos cinco años. Bioy Casares había cenado conmigo esa noche y nos demoró una vasta polémica sobre la ejecución de una novela en primera persona, cuyo narrador omitiera o desfigurara los hechos e incurriera en diversas contradicciones, que permitieran a unos pocos lectores —a muy pocos lectores— la adivinación de una realidad atroz o banal.³

Yo misma debo a la conjunción de un espejo y de un libro el descubrimiento de una de las cifras del universo borgeano. Porque el *Borges* de Bioy Casares confirmó mis sospechas respecto del continuo tránsito entre vida y literatura que vivían y representaban los escritores argentinos de entonces. Muchos son los indicios que me conducen a afirmar que lectura y escritura, llevadas a un grado eminente y a una combinatoria infinita gracias al recurso de la ficción, nos brindan la clave compositiva de la obra de los autores argentinos de esa época. Con Borges la literatura se convierte radicalmente en la escritura de una lectura y en la lectura de una escritura, en una compleja combinatoria que da lugar a magias parciales y descubrimientos imprevistos y aleatorios, una de cuyas posibilidades es también el encuentro de un destino, de una trama secreta sólo concebible mediante las argucias de la ficción.

En efecto, es a partir de la incorporación radical de dos componentes, lectura y ficción, a la vez que de una serie de prácticas de sociabilidad literaria que él mismo convierte en ceremonia de paso hacia la literatura, como Borges no sólo se acerca a la cifra secreta de su propio quehacer sino que desencadena un hondo proceso de reestructuración del campo de las letras y del orden de los géneros.

Pero si nos asomamos a uno de los cuentos más celebrados de Martínez Estrada, “Marta Riquelme” (1949), ingresaremos también a un mundo en el que la ficción se entrelaza con la edición:

³ Jorge Luis Borges, “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, en *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé, 1956, p. 14.

La obra inédita de Marta Riquelme —el nombre me era conocido y hasta familiar, no recuerdo por qué lecturas— que el lector encontrará a continuación fielmente reproducida y que por este prólogo se le presenta, ha sido escrita por su autora con la intención de que llegara a conocimiento de muchas personas. Quiero decir, que se publicara, y es lo que hago yo ahora obediente a su voluntad y al interés del relato [...] Los originales me fueron entregados por el doctor Arnaldo Orfila Reynal, quien los obtuvo a su vez de un amigo de la autora con recomendación de que yo los revisase y que, en caso de encontrarlos de interés, los publicara con un prólogo, que es éste que estoy escribiendo.⁴

Nos encontramos con varias notas que acercan este relato al “Tlön Uqbar, Orbis Tertius” de Borges. El cuento empieza a desarrollarse a partir de la incursión en el mundo de los libros y las ediciones, y es la combinatoria de textos, versiones, variantes, la que ayudará al despeje de ambos relatos. El acto enunciativo se detona de manera concordante con los actos de lectura y escritura.

Además en ambos relatos aparecen personajes que, a través del nombre propio, remiten a escritores y pensadores de existencia histórica y en muchos casos contemporáneos y aun amigos cercanos de los respectivos autores: Bioy Casares, Alfonso Reyes, Carlos Mastronardi y hasta el propio Martínez Estrada se replican como personajes de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, y Orfila Reynal, amigo de don Ezequiel, se menciona en “Marta Riquelme”. Recordemos por lo demás que en este último relato aparece, ya desde la primera línea, otra clave de interés: ese nombre que le era “conocido y hasta familiar no sé por qué lecturas” es nada menos que homenaje a un relato de su admirado Hudson.⁵

Leer y escribir se hicieron carne y sustancia en Martínez Estrada y en su obra. Así lo prueba ésta que constituye una de sus más grandes obras de ficción, y cuya trama se despliega a partir de un conflicto de originales, copias, pruebas de imprenta y demás elementos propios del mundo editorial, a la vez que desemboca en cuestiones de autoría. El cuento se organiza a la manera de un prólogo preparado por Martínez Estrada a la obra de Marta Riquelme, cuyas diversas lecturas pueden

⁴ Ezequiel Martínez Estrada, “Marta Riquelme”, en *Marta Riquelme: examen sin conciencia* (1949), Buenos Aires, Nova, 1956. El cuento ha sido reproducido en *La inundación y otros cuentos*, Mario A. Lancelotti, pról., Buenos Aires, EUDEBA, 1965; y en *Cuentos completos*, Roberto Yahni, ed., Madrid, Alianza, 1975, entre otras antologías.

⁵ “Marta Riquelme” es uno de los relatos de Hudson que integran *El ombú*, publicado en 1902. Martínez Estrada había dedicado a Hudson un gran libro de ensayos: *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, México, FCE, 1951. A esta casa editora estuvieron por lo demás muy ligados tanto Arnaldo Orfila Reynal como él mismo.

desembocar en el descubrimiento de una personalidad ya candorosa, ya perversa. O, para emplear las propias palabras de Borges, se trata de la ejecución de un relato en primera persona que permite a unos pocos lectores la adivinación de una realidad atroz o banal.

En rigor Borges fue uno de los primeros en reseñar *Radiografía de la pampa* y lo hizo con su habitual ironía: “ese otrora gran poeta nos regala ahora sus espléndidas amarguras sobre la pampa”.⁶ Este comentario confirma el radical distanciamiento de Borges respecto del culto al color local, al patetismo y a las efusiones patrióticas, así como de las modalidades de interpretación de lo nacional propios de buena parte del ensayo de época. Su alejamiento de las vanguardias y su asunción de un singular criollismo “de las orillas”, así como su quiebre con el realismo, el didactismo y el culto a la historia de la literatura son paralelos a su radical acercamiento a la ficción. Por su parte, en Martínez Estrada se comprueba el abandono de la herencia modernista y lugoniana en favor de un progresivo acercamiento al clima expresionista y al ensayo de interpretación de lo nacional, así como a la noción del intelectual como profeta comprometido con su país, como gran pintor de ambientes que no deja nunca de sentirse seducido por esa realidad que critica y estiliza artísticamente a través de un tratamiento de lo que llamé “lo real ominoso”.⁷ Hay varias formas de contrastar a los dos grandes escritores, desde su relación de amor-odio con Lugones, el caudillo cultural de la época, que apadrinó al primero y fue criticado por el segundo, hasta una reconciliación simbólica tardía. O su tan diversa relación con *Sur*, donde paradójicamente fue Borges el que se comportó primero como *enfant terrible* para progresivamente pasar del margen al centro, mientras que don Ezequiel pasó del centro al margen, hasta su autoexilio de lo que representaba *Sur* y su partida hacia Cuba. Fue también diversa su relación con la herencia de la cultura alemana a la hora de la Segunda Guerra Mundial. Como se ve, los contrastes no podrían parecer más pronunciados, y si a ello añadimos otro, y de fundamental importancia, como es la asimetría en el respectivo capital simbólico de origen y su diversa forma de inserción en el campo literario argentino, todo parecería indicar que son muchas las diferencias y muy pocas las semejanzas. Sin embargo, quiero también

⁶ Jorge Luis Borges, “*Radiografía de la pampa*, por Ezequiel Martínez Estrada”, *Revista Multicolor de los sábados, Crítica* (Buenos Aires), núm. 6 (16 de septiembre de 1933), p. 5.

⁷ Liliana Weinberg, “Ezequiel Martínez Estrada: lo real ominoso y los límites del mal”, en Sylvia Saftta, dir., *El oficio se afirma*, Buenos Aires, Emecé, 2004 (*Historia crítica de la literatura argentina*, tomo IX), pp. 403-435.

mostrar aquí que hay una profunda afinidad entre ellos, si tomamos en cuenta su relación con el mundo de los libros y las bibliotecas.

Ambos escritores coincidieron en un momento culminante de la vida cultural y editorial argentina. La creciente producción de la letra impresa hará que Argentina tome un papel de liderazgo en la producción editorial, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, cuando el “eje” de la producción editorial pase, de Francia y España, a este lado del Atlántico. Entre 1938 y 1939 asistimos a un momento clave en cuanto nacen tres importantes firmas: editorial Losada (1938), Emecé editores (1939) y editorial Sudamericana (1939), con las que serán sus grandes colecciones.⁸ Con su fundación culmina una creciente tendencia de constitución de proyectos editoriales, ya que en años anteriores habían surgido empresas de distinto signo y perfil como El Ateneo (1912), Atlántida (1918) y Claridad (1921). En 1942 se registra un verdadero récord en la producción editorial y en 1943 se abre la primera exposición del libro argentino. Surgen casas que harían historia, como la afamada Imprenta López. De este modo, para el periodo que va de 1937 a 1970 se puede hablar de una verdadera edad de oro del libro argentino.

Por mi parte he insistido mucho en que es necesario comenzar a releer a nuestros autores a la luz de su inserción en este apasionante mundo del libro. En efecto: no sólo debemos atender a las obras sino también al mundo de las bibliotecas y de la producción editorial. Y a la hora de hacerlo, no sólo revisar las obras, títulos y temas sino también los sellos editoriales y colecciones en que se inscriben sus respectivos textos. Esto es fundamental para entender la obra del autor de *Radiografía de la pampa*. El libro resulta clave para Martínez Estrada en cuanto a su propia formación autodidacta. En la biblioteca de la Fundación que lleva su nombre se conserva un volumen donde de puño y letra el joven escritor anota con orgullo que ese libro fue comprado el 18 de enero de 1917 con la primera remuneración recibida por su trabajo.⁹ No sólo es un hombre de libros en cuanto su agudeza y su

⁸ Para el caso de Sudamericana contamos con las siguientes colecciones, cuyos respectivos títulos llevan implícitos a su vez distintos proyectos de lectura: *Séptimo Círculo*, *Buen Aire*, *Grandes Novelistas*, *Grandes Ensayistas*, *Horizonte*, *Piragua*, *Índice*.

⁹ Se trata de un ejemplar de la *Historia de la filosofía* de P. Janet y G. Séailles que se conserva en la biblioteca de la Fundación Ezequiel Martínez Estrada de la ciudad de Bahía Blanca, Argentina, publicada por Ch. Bouret, París/México, 1891, en cuya primera página podemos leer la siguiente nota manuscrita: “Este libro fue comprado el 18 de enero de 1917, con dinero percibido por la publicación de mi versada: ‘Fray Mocho’ (número 246), primera vez que se me remuneran mis producciones”, acompañada de la firma de Ezequiel Martínez Estrada.

avidez como lector lo convierten en una especie de “Binomio”, el recordado personaje de la *Juvenilia* de Miguel Cané,¹⁰ sino también en cuanto su trayectoria intelectual se va entretejiendo con las demandas crecientes de un mundo en expansión ligado al libro y la edición. De este modo, no sólo debemos ver a un escritor en cuanto a su vínculo con la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), de la cual fue cofundador y dos veces director, o con la difusión del libro, sino también en cuanto a que el ensayista piensa como editor, o, para decirlo con el recordado “Poema de los dones”, piensa el mundo bajo la especie de una biblioteca.

Es que colecciones y bibliotecas también nos hablan de la historia del libro y de los circuitos de expansión de la letra impresa: hay bibliotecas escolares, nacionales, universitarias, populares y, por supuesto, públicas; hay bibliotecas privadas, de escritor, de estantes abiertos o cerrados, de libros intocados o muy subrayados, y todo ello nos habla de hábitos de lectura y escritura, silenciosa, íntima o compartida.

Editoriales, redacciones, bibliotecas, librerías, cafés, confiterías, salas de conferencias, se convertirán además en espacios de sociabilidad culta, donde se intercambian ideas y se contribuye a fortalecer un espacio público para el debate de ideas. En un primoroso ensayo de Walter Benjamin dedicado al “coleccionista pobre” he creído descubrir a estos escritores que, como Martínez Estrada, pero también como Borges, siempre descubridor de extrañas enciclopedias, eran excelentes conocedores del libro y recuperadores de grandes textos cuya lectura estaba restringida a los especialistas, muchos de ellos clásicos de nuestra tradición cultural, que iban quedando al margen de la expansión comercial y el fenómeno del *best seller*.¹¹ No es así casual que la biblioteca personal de Borges incluya rarezas bibliográficas, y no es tampoco casual que “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” comience con una visita a la biblioteca de Bioy Casares, que representa un continuo y a la vez un umbral entre el mundo “real” y el mundo de la ficción. El consabido “leí, días pasados”, o frases semejantes como comienzo de muchas de las inquisiciones de Borges, tiene que ver también con este

¹⁰ Me remito al respecto a las agudas reflexiones de Pedro Orgambide en *Radiografía de Martínez Estrada*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970.

¹¹ Benjamin comenta que para su época —que no es otra que la que coincide con la de la juventud de nuestro autores— se podían encontrar dos tendencias opuestas: la de la circulación de los libros de coleccionista y la de la circulación de los libros de publicación masiva para el gran público, y entre estas dos corrientes es que se ubica el que él llama “coleccionista pobre”, el descubridor de joyas extraviadas como si fueran chatarra; véase Walter Benjamin, “Pour collectionneurs pauvres”, en *Je déballe ma bibliothèque*, trad. Philippe Ivernel, París, Payot, 2000, pp. 57-63.

umbral, este paso de una práctica concreta como lector al abismo ficcional a que nos conducen el necesario azar y la azarosa necesidad de la lectura.

Muchos recuerdan los datos de la vida de Borges, sus orígenes de clase, su nacimiento en una biblioteca, su procedencia de una familia porteña culta, de rancio origen, su vínculo con la aristocracia criolla pero a la vez su apertura a ideas cosmopolitas, ligado a una élite para la cual fue decisivo el peso del mundo de la cultura inglesa y francesa, así como su pertenencia a un estirpe de letras y de armas. Su idoneidad en el manejo de las lenguas, su vínculo con los circuitos de los elegidos y de los entendidos, evidencia un fuerte contraste con los datos de filiación de Martínez Estrada.

En efecto, diversa ha sido en el origen la trayectoria de ese personaje tan extraño como solitario, tan genial como demoniaco, tan rebelde como profético, que fue Martínez Estrada, y de este modo, al leer de manera comparativa la vida de estos dos grandes escritores argentinos lo primero que se nos antoja es trazar algo así como la historia paralela y contrastante del príncipe y el mendigo.

Como Borges, a don Ezequiel no le gustaba hablar mucho de sí mismo, y son muy pocos los testimonios autobiográficos. Nació en 1895 en San José de la Esquina, provincia de Santa Fe, hijo inteligente de inmigrantes españoles pobres, con una madre que le contagia el gusto por la lectura y la música y un abuelo que es pintor de caballete. Ya desde chico se perfila como un niño brillante, y después de algunos años en que cubre los requisitos escolares formales mínimos, emprende una carrera como autodidacta.

Una infancia triste y provinciana, que trocó al viajar a Buenos Aires y dedicarse a leer de manera febril en bibliotecas públicas, convertido en autodidacta. Joven poeta de provincias llegado a la gran capital, logra tempranamente publicar sus primeras obras líricas y será apoyado nada menos que por Leopoldo Lugones, quien lo alienta a seguir en la línea de la lírica. Gana sus primeros reconocimientos como poeta, aunque siempre persistirá en mantenerse con un austero sueldo como trabajador de correos. Son años de estabilidad económica y aparente calma política, en los que Argentina vive también un intenso proceso de modernización que se traduce, por ejemplo, en la expansión de la traza urbana. Es la época en que Martínez Estrada empieza a colaborar en distintos suplementos literarios y se inicia en la docencia. Pronto comenzará una afiebrada vida de escritor: no sólo colaborará en *Nosotros*, *Sur*, *Realidad* y otras importantes publicaciones, sino también en periódicos como *La Nación* y *La Prensa*, y en las

muchas empresas de ampliación del lectorado que conllevan la preparación de prólogos, estudios preliminares, traducciones, compilaciones, presentaciones generales etc. Ésta es también la época de su amor por Nietzsche y Montaigne, Quiroga y Hudson, Balzac y Kafka.

La calidad de su poesía, de fuerte sello posmodernista, fue reconocida, como ya se dijo, por el propio Borges. En una de ellas, la “Humoresca de la vocación”, Martínez Estrada habla de sus dos amores, la literatura y la música:

De haberseme otorgado que eligiera mi suerte
yo habría sido músico, pues la suerte aleatoria
del poeta es peor,
a pesar de que todos consiguen con la muerte
gloria imperecedera, además de la gloria
que a los buenos católicos nos prometió el Señor [...]

Pero yo, ¿qué placer, qué premio extraordinario
tuve en el sacerdocio del Musageta Apolo
sino el de escribir libros que devoré yo solo,
nuevo Saturno en gozo senil y solitario?

Apenas he obtenido algunos premios
con que protegen el Gobierno y la Comuna
—lo mismo que en Bohemia se hace con los bohemios—
el culto del Estado y el rito de la luna.
Dinero y no la gloria dan los premios
y si un poco de gloria, sin fortuna [...]

Gané muy poca plata y nunca aplausos y oro
que convertir en fichas para perderlas, pues
yo me la jugué en libros, que es el oro que adoro,
como quien compra cédulas para vivir después [...]

Violinista o pianista,
cualquier mester, excepto el de poeta;
y usar un nombre exótico que indicara a la vista
una virtud diabólica y secreta,
y no el nombre que tengo, de profeta
y de especiero minorista
con un pistoletazo en cada zeta.¹²

¹² “Humoresca de la vocación”, en *Argentina* (1927), reproducida en Ezequiel Martínez Estrada, *Poesía*, Buenos Aires, Argos, 1947, pp. 291-295.

Como se ve, los libros están en el horizonte sobre el que se dibuja la vocación del poeta, y los reconoce como “el oro que adoro”.

Se da un enigmático punto de quiebre en esta biografía, cuando, hacia 1930, diversas causas no del todo conocidas lo llevan a que abandone su reconocido puesto de poeta para convertirse en ensayista. Algunos lo atribuyen a problemas psicológicos y vocacionales, otros al desplome de la ilusión de la gran Argentina. Trabaja como empleado de correos, participa en la vida cultural de su país, continúa escribiendo y publicando obras en prosa y, tras recibir un valioso galardón por *Radiografía de la pampa*, decide dejar Buenos Aires para radicarse definitivamente en Bahía Blanca.

En relatos como “La escalera” se nos muestra cómo una vieja casona señorial se ha convertido en un lugar hacinado y deteriorado, “con la altivez de una matrona venida a menos”. O bien, en otra imagen de inversión que aparece en “Juan Florido, padre e hijo, minervistas”, “el paraíso” se descubre como “el verdadero infierno”.¹³ En un giro de la espiral paradójica, abandonada la torre de marfil modernista no solamente se comprueba que no se trataba más que de un pobre y oscuro cuarto de pensión como el de “Abel Cainus”, o una buhardilla en la que el artista del hambre imagina el oro de su poesía, sino que, además, descubierta su falta de funcionalidad para alojarse en el paraíso, ésta ha empezado a contaminarse irremediabilmente de realidad y a poner en jaque el papel que desempeñan artista y pensador en ella. El proyecto de los hombres del ochenta, construido sobre la confianza en un orden vertical y un proceso de crecimiento continuo por el cual una élite ilustrada y autorizada por una rica herencia comandaría los destinos de amplias capas de la población de base mestiza e inmigrante, cae con estrépito en los treinta. Las grandes construcciones empiezan a desmoronarse, corroídas por la falta de bases sólidas de sustentación, y las esperanzas en un futuro de progreso y consolidación se convierten en meras *ilusiones perdidas*. Se hace entonces necesario volver a ese Balzac desencantado que pintaba descarnadamente y diseccionaba la corrupción de París. En los años que van de la crisis del treinta al peronismo, la torre de marfil se volverá “casa tomada” y poco a poco el escritor, “exiliado en el silencio”, como dice Martínez Estrada en *Las 40* (1957), expulsado del poder, se convertirá en un paria de la sociedad, en un gran marginado que además hará del exilio, del autoexilio y de la incompreensión de quien parece estar siempre clamando en el desierto el gran resorte de su obra. Asistir al derrumbe de la ilusión de

¹³ Martínez Estrada, *Cuentos completos* [n. 4].

una “Grande Argentina” es asistir al derrumbe de la posibilidad de incorporación de nuevos actores, inesperados protagonistas, a ese proyecto modernizador indefinido y optimista que ya no podrá ser. Lee-mos en *La cabeza de Goliat*:

Ningún gran escritor ni poeta ha nacido en Buenos Aires, en lo cual se parece a Roma. Les da el pretexto para su obra; ninguno se ha formado en sus colegios ni en sus calles. Han venido hechos, con la poesía nativa en el alma, como el pájaro se lleva de la selva el canto y el plumaje, y han escrito aquí, en la jaula.

La matriz de Buenos Aires está fatigada de crear grandeza, movimiento, adelantos, prosperidad; no cultura, ni poesía, ni música, ni pintura. En cambio, como Roma, puede hacer que el talento de muchacho de provincias, nacido y criado en contacto con la naturaleza, bajo su grandiosa y luminosa tierra, alcance su máximo poderío en su amargura y desaliento. Como el vendedor de pájaros no puede fabricar un pájaro canoro, pero puede hacer que alcance la suprema gallardía del canto. Para lo cual tiene que arrancarle los ojos.¹⁴

La escritura desgarrada y triste del posmodernismo y el expresionismo, que deambula extraviada por la oscuridad de la urbe entre los faros de la modernidad y las vanguardias, se parece mucho a la de un Balzac solitario, condenado a tinterillo, que escribe por propia decisión sobre París y que así se sumerge en un segundo infierno, adoptado, esta vez por elección.

A partir de la década del treinta comienza, entonces, la gran producción ensayística de Martínez Estrada, con textos consagrados a la indagación de lo nacional (*Radiografía de la pampa*, 1933; *La cabeza de Goliat*, 1940; *Sarmiento*, 1946; *Los invariantes históricos en el Facundo*, 1947; *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, 1948, entre los principales), pero también dedicados a la reflexión literaria (*Panorama de las literaturas*, 1946; *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, 1951; *El hermano Quiroga*, 1957; *Heraldos de la verdad*, 1958; *Realidad y fantasía en Balzac*, 1964, entre otros), que rematarán en textos de madurez en los que asume progresivamente una posición más cercana a un enfoque sociológico y a una política anticolonialista (*Análisis funcional de la cultura*, 1960; *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina*, 1962; *La poesía afrocubana de Nicolás Guillén*, 1966; *Martí: el héroe y*

¹⁴ Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat*, Buenos Aires, Club del Libro, 1940.

su acción revolucionaria, 1966; *Martí revolucionario*, 1967), para cuya comprensión es clave el “Prólogo inútil” a su *Antología* (1964). Sus reflexiones de avanzada en torno a la música, el ajedrez, las matemáticas, la paradoja, se vierten en manuscritos que sólo tardía y progresivamente van saliendo a la luz.

Paralelamente a su producción ensayística, Martínez Estrada va gestando, sobre todo a partir de la década de los cuarenta, un mundo de ficción, que ocupará en especial su atención en los años del peronismo, en los que escribe también dos recordados libros de denuncia, *¿Qué es esto?* (1956) y *Las 40* (1957), publicados después del golpe de Estado de 1955. Por esos mismos años se preocupa cada vez más intensamente por el mundo de la narración, lee y estudia en profundidad la obra de Balzac, Kafka, Quiroga, sin dejar otras devociones: Tolstoi, Dostoievski, y los dos maestros de juventud, Montaigne y Nietzsche.

En la vejez vuelve a la poesía con *Coplas de ciego* (1959) y *Otras coplas de ciego* (1968), ahora con un claro acento aforístico y filosófico y una evidente presencia de Antonio Machado: “Estoy muy cansado, / Antonio Machado, / déjame a tu lado”.¹⁵

Pero si queremos leer el envés de la trama de su vida y su obra, encontraremos a un hombre solo que si en *Radiografía de la pampa* daba cuenta de la gran crisis de Argentina que dejaba al desnudo que no puede haber crecimiento verdadero mientras no se dieran las condiciones para ello, y hace una serie de conversiones paradójicas de los grandes mitos del crecimiento argentino (desde el cuchillo hasta el ferrocarril), del mismo modo en *La cabeza de Goliat* denunciará las contradicciones del proceso modernizador que pasa por aumentar el poder de Buenos Aires en desmedro de las provincias. Y ya en *Muerte y transfiguración* se cuele otra preocupación, la que implicó su descubrimiento de otro aluvión, el aluvión migratorio, el de los llamados “cabecitas negras” que llegaban del interior a buscar mejores condiciones de vida en las grandes capitales. Fue así como Martínez Estrada dio voz a los que no tenían voz, e hizo del *Martín Fierro* el poema anónimo, obliterado, en clave. De fuerte militancia antiperonista, como en su mayoría lo fueron artistas e intelectuales de entonces, Martínez Estrada será así, con honestidad y valentía, el primero en hacer una seria crítica de las posturas intelectuales del momento. En 1956, otra vez parangonando la lectura con una forma de diagnóstico y cura,

¹⁵ Ezequiel Martínez Estrada, *Coplas de ciego y Otras coplas de ciego*, Buenos Aires, Sur, 1968.

de catarsis, dirá lo siguiente respecto de los males morales de una sociedad:

Parecería redundante unir las palabras literatura y vida, porque son sinónimos de una misma realidad verdadera [...] Si mi pueblo hubiera tenido lecturas informativas, leales, honradas, sobre la vida de los suburbios, de los campos, de las ciudades, una literatura desagradable como las mejores literaturas del mundo, la rusa, la inglesa, la francesa, la italiana de nuestros días, la ecuatoriana, la brasileña, la norteamericana (“literatura de removeedores de estiércol”, decía el estercolista Teodoro Roosevelt) no habría incurrido en tan graves yerros.¹⁶

También prueban el vínculo entre la escritura y el mundo de los libros los muchos textos que nos hablan de sus autores favoritos. Considero que estos estudios de escritor, lejos de contraponerse a sus grandes ensayos de interpretación de la vida argentina, nos ofrecen muchas claves de lectura de los mismos. Más aún, el modo de articular la tradición literaria y filosófica universal con las peculiaridades de la cultura argentina redundará en una solución estética diversa de la borgeana: si en un caso se descubren las orillas y los márgenes, en el otro se exploran las zonas de quiebre y desencuentro, salvadas con el recurso de la paradoja.

A mi juicio, el salvamento que se está haciendo de toda la obra de don Ezequiel por parte de la Fundación Martínez Estrada es un logro singular, porque sólo a partir de la recuperación de sus múltiples artículos, textos de conferencias, ensayos o fragmentos inéditos —escritos siempre a máquina en hojas y fragmentos de papel que el escritor corregía, pegaba, combinaba y recombinaba una y otra vez— será posible no sólo conocer más las operaciones estéticas de Martínez Estrada, sino descubrir el perfil de un hombre de letras argentino que resultará, desde esta perspectiva, mucho menos “raro”, “solitario” y “excéntrico” que como lo quieren pintar algunos escritores, entre ellos el propio Borges.

Si hoy lo recordamos como autor de grandes ensayos —y por mi parte he insistido en mostrar su fundamental mirada paradójica, propia de la toma de distancia crítica que siempre asumió como escritor en soledad—, insistimos en que no dejará de escribir poesía a escondidas, ni tampoco dejará de dedicarse a otras muchas pasiones: la narra-

¹⁶Ezequiel Martínez Estrada, “Literatura y vida”, *Para una revisión de las letras argentinas*, Buenos Aires, Losada, 1967, p. 142.

tiva, e incluso el teatro.¹⁷ En época del peronismo escribirá violentos textos, de tono panfletario, acusatorio y encendido, contra el régimen, e incluso será víctima de una extraña enfermedad que se curará misteriosamente con la caída de Perón. Y en lugar de encontrar acomodo en el siguiente gobierno, se dedicará a hacer una autocrítica como intelectual. Renegará siempre, nietzscheano y anarquista en su origen, de la educación formal y será muy crítico de la educación universitaria. Renegará también de la ciudad de Buenos Aires, a la que veía convertida en un monstruo que se devoraba a las provincias. Demoniaco, *enfant terrible*, hay anécdotas que lo pintan de cuerpo entero, como su decisión de dar clases en La Plata. Frecuentó también, como Borges y Bioy Casares, el grupo Sur, aunque solía burlarse también de Victoria Ocampo. Y fue gracias a ella que contamos con uno de los pocos y rarísimos recuentos autobiográficos de Martínez Estrada, escrito en 1945. Dice allí:

Mis primeras lecturas extensas fueron el *Quijote*, la *Historia de España* de Lafuente y *Misericordia* de Galdós. Durante el tiempo de esas lecturas, muchas tormentas y anocheceres y espléndidos soles se intercalaron en sus páginas. Rigurosamente autodidacta, no tuve otro maestro ni guía que mi propio afán de leer [...] El gusto de la tierra está en toda mi piel y Nietzsche es mi autor más querido.

Después de los doce años continúa una vida laboriosa, de sobreviviente, en mil formas repetida a la manera de un arabesco, en que todo es construir sobre arena, ensayar y errar. Para llenar las páginas en blanco y para descifrar las interlineadas y testadas sirve cualquier vida de novela en que sucedan pocas cosas pero que calen hasta el hueso. Siempre que el autor sepa que no se nace ni se muere una sola vez.¹⁸

Quiero así recuperar a ese Martínez Estrada que construye su propia personalidad artística y alcanza su autfiguración intelectual a través de imágenes del libro y la lectura, a la vez que se integra al campo literario argentino en un claro proceso de profesionalización del escritor tal como lo ha estudiado Jorge B. Rivera.¹⁹ He aquí el primer rasgo fundamental que lo acerca a Borges: el escritor en clave de lector.

¹⁷ Liliana Weinberg, “Radiografía de la pampa en clave paradójica”, en Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, Leo Pollman, ed. crítica y coord., París, ALLCAXXE Siècle, 1991 (Colecc. Archives, núm. 19), pp. 471-490.

¹⁸ Ezequiel Martínez Estrada, “Carta a Victoria Ocampo”, *Sur*, núm. 295 (julio-agosto de 1965), pp. 3-7; reproducida en Enrique Espinosa, comp., *Leer y escribir*, México, Joaquín Mortiz, 1969, pp. 115-120.

¹⁹ Jorge B. Rivera, “La forja del escritor profesional (1900-1930)”, en *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

En efecto, ambos son en su formación fruto de la gran época del libro y de la biblioteca argentina; ambos son en su despliegue como grandes escritores fruto de la gran época del mundo editorial argentino, que vivía su edad de oro. Ambos fueron enamorados de la lectura y en ambos el ensayo y aun la ficción se dieron como escritura de una lectura y como lectura de una escritura. En ambos el modo de interpretar los fenómenos de su país y del mundo se parece en mucho al acto de leerlos, en un continuo que va, insisto, de la lectura a la escritura, de la escritura a la lectura.

Para Martínez Estrada, además, pensar la Argentina era leer la Argentina, por momentos un texto transparente, por momentos un texto cifrado, y como toda su obra incluye imágenes, metáforas, reflexiones relativas al acto de leer. Para el escritor el acto de leer fue encontrar la llave mágica que le permitió abrir las puertas a su propia inserción como artista e intelectual en Argentina, al punto de convertirse no sólo en lector sino en lector de lectores y dedicar muchos de sus libros a personajes que fueron a su vez grandes lectores y protagonistas del mundo del libro desde Montaigne hasta Balzac y Nietzsche, a los que llamó “heraldos de la verdad”, pero además a aquellos que leyeron y escribieron la Argentina como si fuera un gran libro: Domingo Faustino Sarmiento y José Hernández.

De este modo, tanto él como Borges rompieron con la mirada realista para tratar de entender Argentina desde la ficción, en una operación que Borges hizo más radical aún y llevó hasta sus últimas consecuencias. He escrito diversos trabajos para mostrar que en el caso de Borges la operación de la lectura y la operación de la ficción no sólo resultan decisivas a la hora de comprender los resortes de sus obras, sino que además son las que constituyen esa gran revolución borgeana en el campo de la literatura. Pierre Bourdieu demuestra cómo el campo de las letras francesas se vio radicalmente transformado a fines del siglo XIX con la irrupción de la poesía y el arte puro, que modificaron toda la estructura y la jerarquía de los géneros. Otro tanto considero hizo Borges, quien, al incorporar la lectura como acto de creación y la creación como acto de lectura, así como al hacer de la ficción una forma de construcción radical, llevó al campo literario, por decirlo así, a un nuevo nivel y a una nueva etapa. Si el gran crítico Lotman mostró que el lenguaje literario, artístico y mítico es un sistema modelizador secundario, Borges, a través de su práctica escritural, llegó a convertirlo en un sistema modelizador terciario, regido por sus propias leyes de autorreferencia y autovalidación. Como ha escrito Roger Chartier, “la obra de Borges, en sus diversas formas, puede leerse como una

puesta en literatura de la literatura o, más exactamente, una interrogación sobre la trayectoria por la cual ‘un libro es más que una estructura verbal, o que una serie de estructuras verbales’²⁰.

Por otra parte, ambos se construyen simbólicamente como lectores, esto es, además del fuerte componente de autodidactismo (radical en Martínez Estrada, moderado en Borges), ambos hacen de la lectura y la escritura un modo de apropiación de la realidad. Pensemos en ese texto fundamental que es “Pierre Menard, autor del *Quijote*”.

Pero tampoco debemos olvidar que los libros constituyen una trama simbólica, una familia, una genealogía, vinculadoras de nuestra experiencia con la memoria: un diálogo con nuestro pasado, con nuestros muertos. Y si Martínez Estrada se dedicó a reinterpretar y reescribir la obra de sus autores dilectos, a los que constituyó en precedente de su propia labor crítica, Borges, una vez más mucho más radical, declaró que todo escritor inventa a sus precursores. Es así como todo autor tiene derecho, desde su situación de escritura, de reinventar su familia, su pasado, su biblioteca.

Y por último, esta idea no menos sorprendente que gira en torno de la posibilidad de que desde el margen de Europa podamos hacer operaciones de lectura tan radicales que nos legitimen, está presente en ese don Ezequiel que quiere dar cuenta de la obra de Nietzsche, de Montaigne o de Kafka sin complejos de inferioridad —porque además en Argentina se estaba dando en esos años la acumulación y reproducción de la obra de todos los grandes del pensamiento y la literatura europeos, norteamericanos, latinoamericanos, e incluso algunos asiáticos (*Sur* publica un número sobre literatura japonesa y otro sobre literatura china). Y una vez más, Borges se animará a postular la posibilidad de que esas operaciones se hagan de manera arbitraria, como verdaderas apropiaciones, combinatorias, *bricolage* de radicales libres y de elementos muchas veces menores: un poema de Keats, una noticia de la historia china etcétera.

De este modo, y a pesar de las diferencias en sus orígenes de clase, capital simbólico y trayectorias, ambos tuvieron una formación predominantemente autodidacta, vivieron una época de creciente profesionalización como escritores, se insertaron en circuitos de publicación y sociabilidad artística en muchos sentidos afines, y en varios de ellos confluyentes: elaboraron antologías y traducciones, publicaron

²⁰ Roger Chartier, “Magias parciales de Borges”, publicado por primera vez en *Le Monde* (2 de mayo de 1999), reproducido en *El juego de las reglas: lecturas*, Marta Madero, sel., José Burucúa, pról., y Mirtha Rosenberg y Cristina Sardoy, trads., Buenos Aires, FCE, 2000, p. 27.

textos de crítica y creación en diarios y revistas de amplio tiraje, colaboraron en publicaciones centrales para la época como la revista *Sur*, tradujeron simbólicamente su propia práctica en textos de ficción y abrieron a través del ensayo una amplia puerta al encuentro entre lectura y escritura, y a través de todo ello contribuyeron a la expansión del público lector. Estos elementos nos recuerdan las observaciones de Ángel Rama en las últimas páginas de *La ciudad letrada*, donde el crítico uruguayo se refiere a la ciudad “revolucionada”, fruto de procesos de democratización e incorporación de nuevos sectores populares al debate nacional. Es así como para las primeras décadas del siglo xx, y particularmente para la etapa del irigoyenismo en Argentina, se presencia una notable emergencia y expansión del público lector así como la ampliación de la élite intelectual, que habrá de desplegar “una sostenida actividad intelectual para proveer a ese público de ideas y de objetos culturales, desarrollando mensajes educativos que no sólo no pasaban por los órganos del poder sino que se enfrentaban a ellos”.²¹ Hace también Rama una notable observación sobre el “mapa literario” porteño, que tiene como eje de atracción el viejo centro de la ciudad:

Cuando sobre un plano se intenta ubicar las casas en que vivían los escritores (habitualmente piezas de pensión para provincianos que seguían estudios en la capital o ya allí trabajaban); las redacciones de los diarios a que llevaban sus colaboraciones o donde ya ejercían como periodistas de planta; las oficinas gubernamentales que proporcionaban empleos (Correos y Telégrafos, Bibliotecas, Archivos, donde se los situaba por asociación superficial con la pluma); las Universidades donde estudiaban carreras liberales, pronto abandonadas; los Ateneos o salas de conferencias y conciertos donde disertaban; los cafés en que pasaban la mayor parte del día, escribiendo o participando del cenáculo, o buscando ayudas económicas; los teatros a que concurrían [...] la oratoria, que era la que consagraba a un intelectual [...] las librerías que recibían las novedades de Barcelona y París, cuando se revisan esos estratégicos puntos sobre el plano, lo que se encuentra es el viejo casco, ese cuadrilátero de diez manzanas por lado donde transcurría la vida activa de la ciudad y era el salón público de la sociabilidad.²²

A pesar del crecimiento y la fuerza centrípeta que hacía expandir la ciudad “del centro a los barrios”,²³ la *city* seguía ejerciendo la fuerza

²¹ Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984, p. 155.

²² *Ibid.*, p. 156.

²³ Tomo esta expresión del libro de James Scobie, *Buenos Aires: del centro a los barrios (1870-1910)*, Buenos Aires, Solar, 1977 (Col. *Dimensión Argentina*).

centrífuga: “ir al centro” era todavía la consigna de los artistas y escritores, que allí confluían en sus prácticas, a despecho de sus diferencias.

Ambos supieron emprender la reinterpretación del canon literario y filosófico occidental, como lo hicieron particularmente con Kafka, Schopenhauer y Nietzsche. Ambos emprendieron también la relectura de la tradición literaria desde la mirada estricta del escritor, como lo hicieron con el *Facundo* y el *Martín Fierro*, aunque con distintas dosis de “patetismo” e implicación en los debates de política cultural. Fueron muchas también las diferencias, en cuanto a la solución artística que dieron a las necesidades de expansión del paisaje literario: comparemos el lugar que ocupa la ciudad de Buenos Aires y sus orillas en la obra de Borges y la temprana condena a “la cabeza de Goliat” por parte de Martínez Estrada; comparemos el “compadrito” y el “orillero” de Borges con el “*pioneer* que hace alto”, el “guapo” y el “guarango” de Martínez Estrada, desacomodados tanto en el campo como en la ciudad.

En rigor algo une en lo profundo a esos dos antagonistas que fueron Borges y Martínez Estrada en su amor por las bibliotecas y por la lectura infinita. Pero en cuanto a bibliotecas también hay diferencias notables. La de don Ezequiel, que tengo la fortuna de conocer, es una biblioteca construida por un coleccionista pobre, “con el sudor de su frente” —frase muy usada por los inmigrantes y sus descendientes en Argentina—, mientras que Borges y Bioy Casares fueron biblófilos de “alcurnia”, puesto que los padres y los abuelos eran ya lectores y —como Bernardo Reyes, padre de Alfonso— hombres cultos y dueños ellos mismos de valiosas bibliotecas.

Ambos son también partícipes de un momento de profesionalización del escritor —desarrollo urbano, consolidación de la clase media, alfabetización, desarrollo de la industria cultural, autonomización del campo literario, entre otras, aunque, una vez más, ingresen por puertas distintas y con un patrimonio simbólico distinto.

Por otra parte, si Martínez Estrada se apodera, fagocita, devora, canibaliza toda la cultura argentina anterior a él, buscando desesperadamente una genealogía que lo haga más argentino, y se apodera simbólicamente de Sarmiento, el “padre” del proyecto civilizador, autodidacta como él, y que como él se identificó con el país, Borges puede hacer gala de una asumida postura crítica, escéptica, que descrea de nacionalismos y fanatismos. Ambos asumen una posición paradójica, crítica, escéptica respecto del nacionalismo literario y de la academia, pero en Martínez Estrada es evidente un afán por saberlo todo y decirlo todo. Y por ello escribe una extrañísima historia de la literatura

universal, como escribirá más tarde un ensayo sobre Paganini y el violín, sobre el ajedrez y sobre la paradoja, con una cabeza meditadora y un gusto por las matemáticas que compartía Borges.

Los unen la lectura, las bibliotecas, el mundo editorial argentino, su postura paradójica de *outsiders* y críticos de la cultura argentina tradicional. Los une también su inserción en un campo literario en marcado proceso de expansión y complejización. De este modo, una recuperación del mundo del libro y la edición en que ambos escritores se insertan nos puede llevar, de una buena vez, a encontrarlos más reconciliados de lo que pensábamos. Los une también su genio paradójico.

Y finalmente, y con esto quiero concluir, algo más profundo aún hermanó a estas dos figuras: su ingreso a la literatura por la puerta del *Quijote* y su descubrimiento diurno del *Facundo* y nocturno del *Martín Fierro*, cara y cruz de la experiencia argentina.

En un cuadro digno de las vidas paralelas, imaginemos a un niño pobre, hijo de inmigrantes, que lee deslumbrado en el zaguán de su casa en San José de la Esquina, a la hora de la siesta, alguna edición popular del *Quijote*, un libro que logró comprar gracias a haber aceptado un trabajo para pintar la cerca de una casa vecina, casi como el propio Huckleberry Finn. Imaginemos que por esos mismos años otro niño de una familia tradicional argentina descubre, en la gran biblioteca paterna, una edición del *Quijote* que coteja con una traducción en inglés. Dos vidas paralelas, contrastantes, complementarias.

En cuanto al niño pobre que descubre el *Quijote*, leamos el “Epílogo” a “Las torres de España”, contenido en *Nefelibal*, de 1922:

Vuelto de mi segunda salida, Clavileño
y yo nos contemplamos con tristeza y con sueño,
lamentando no haber hallado ni un molino,
ni un malandrín, en toda la angustia del camino.

Ahora mi nefelibata²⁴ de tablas y clavijas
se queja porque el viento le ríe en sus rendijas,
y se quiere morir por si la Primavera
puede poner florida su carne de madera.

Que él repose. Y yo en tanto que el mundo se me azula
con la bondad ambigua del ojo de la mula,

²⁴ El término, que se refiere a una persona soñadora e idealista, nos remite además a la genealogía poética de Darío y, a través de él, a la de Góngora: “Que no soy hombre práctico [...] que vivo por las nubes”.

semejante a Quijano haré a pie mi recuerdo
con la pena de verme tan seguro y tan cuerdo.²⁵

El héroe quijotesco vuelve de su segunda salida, montado en Clavileño, su rocín de madera. El *Quijote* es el libro que alberga toda la posibilidad de salida a la fantasía, el libro que es todo él aventura, y animó al hijo de inmigrantes pobres que llevaba en su nombre “un pistoletazo en cada zeta” y temía los desengaños de la fortuna. Y animó también por esos mismos años a ese otro niño de la culta élite, nacido dentro de una biblioteca, que también dedicó al *Quijote* un poema perfecto, el soneto “Lectores”:

De aquel hidalgo de cetrina y seca
tez y de heroico afán se conjetura
que, en víspera perpetua de aventura,
no salió nunca de su biblioteca.

La crónica puntual que sus empeños
narra y sus tragicómicos desplantes
fue soñada por él, no por Cervantes,
y no es más que una crónica de sueños.

Tal es también mi suerte. Sé que hay algo
inmortal y esencial que he sepultado
en esa biblioteca del pasado

en que leí la historia del hidalgo.
Las lentas hojas vuelve un niño y grave
sueña con vagas cosas que no sabe.²⁶

¿No es acaso este soneto, para el que no cabe más adjetivo que “perfecto”, un canto al libro, a la lectura y a la biblioteca? En cierto modo Borges no hace sino releer las prodigiosas operaciones presentes en el *Quijote*, uno de los primeros libros que él mismo transitó deslumbrado.

En cuanto lectores del *Quijote* y en cuanto lectores de nuestros autores reparamos en que hemos quedado atrapados por un universo autosubsistente que es a la vez el de la lectura que ellos hacen de la obra de Cervantes y el de las lecturas que don Quijote hace de sus propios libros.

²⁵ Martínez Estrada, *Poesía* [n. 12], p. 83.

²⁶ Jorge Luis Borges, “Lectores”, en *El otro, el mismo* (1984), reproducido en *Obra poética (1923-1985)*, Buenos Aires, Emecé, 1996, p. 215.

En realidad la más íntima ley que gobierna a estas dos figuras no es otra que la de la lectura, y la única autoridad que reconocen es la del libro. Sólo la lectura habilita la posibilidad de la aventura.

Todo está dicho ya en el libro de su niñez, en una infinita imbricación de los hechos de las armas y de las letras. Esto último tiene que ver con la genealogía de don Quijote, pero también con la del propio Cervantes, y con la genealogía que para su propia figura reconstruyen nuestros autores.

La literatura, desde esta posible perspectiva, no es sino una dimensión que se instaura como escritura de una lectura y como lectura de muchas escrituras. De allí las imágenes en las cuales una biblioteca es un mundo ya creado cuyas claves no podemos sino volver a descubrir, esto es, que no podemos sino volver a leer y escribir. Estos dos antagonistas se encuentran así, por fin, atrapados en un mismo mundo de letras y de libros, que los reconcilia a pesar de sus diferencias.

RESUMEN

Se hace una comparación entre algunos aspectos de la vida y de la obra de dos grandes escritores argentinos, Jorge Luis Borges y Ezequiel Martínez Estrada, para establecer que, además de las marcadas diferencias por muchos conocidas, existen también significativas semejanzas en cuanto a su vínculo con el mundo del libro y la lectura, así como a las prácticas de sociabilidad entre escritores de la época, y se citan ejemplos que confirman que ambos autores estuvieron estrechamente ligados a la edad de oro de la industria editorial argentina.

Palabras clave: Borges, Martínez Estrada, campo literario, literatura argentina, libro argentino.

ABSTRACT

A comparison between some aspects of the life and the work of two great Argentine writers, Jorge Luis Borges and Ezequiel Martinez Estrada, settles down. This comparison establishes that, in addition to the noticeable differences recognized by many, significant similarities related to their bond with the literary world of books and their reading also exist, as well as to the practices of sociability between writers of the time, and examples are mentioned that confirm that both authors closely were bound at the Golden Age of the Argentine publishing industry.

Key words: Borges, Martínez Estrada, literary field, Argentine literature, Argentine book.